

Sara

El valor de la pluralidad





Sara
El valor de la pluralidad

*Este libro se produjo para la difusión de los valores democráticos,
la cultura cívica y la participación ciudadana; su distribución es gratuita.*

Colección: Futuros (s) lectores

Serie: Entendiendo los valores democráticos

*D.R.©2012 Instituto Electoral y de Participación Ciudadana del Estado de Jalisco
Florencia, 2370, Col. Italia Providencia, 44684 Guadalajara, Jal., México.
www.iepcjalisco.org.mx*

D.R.©2012 Tessie Solinis

D.R.©2012 Oliver Flores

ISBN de la serie: 978-607-8054-14-5

ISBN del presente tomo: 978-607-8054-15-2

Todos los derechos reservados conforme a la ley.

Impreso y hecho en México.

Printed and bound in Mexico.

¿Crees que es necesario aprender a convivir con otras personas?,
¿conviviríamos en comunidad sin valores como el respeto o la tolerancia?,
¿qué valores crees que es importante practicar para vivir en sociedad y
cómo ayudarías a promoverlos?

El libro que tienes en tus manos te ayudará a entender y responder
preguntas como estas y, con apoyo de tus maestros, padres o cualquier
otro adulto que te acompañe en la lectura, comprenderás que vivir y
comunicar los valores cívicos es mucho más fácil de lo que crees y tiene
un sinnúmero de consecuencias positivas en nuestro entorno.

Busca los demás títulos de la **serie “Entendiendo los valores
democráticos”** del IEPC Jalisco, a través de sus personajes e historias
conocerás más de estos y otros temas.

INSTITUTO ELECTORAL Y DE PARTICIPACIÓN CIUDADANA DEL ESTADO DE JALISCO

CONSEJERO PRESIDENTE

José Tomás Figueroa Padilla

CONSEJEROS ELECTORALES

Juan José Alcalá Dueñas

Víctor Hugo Bernal Hernández

Nauhcatzin Tonatiuh Bravo Aguilar

Sergio Castañeda Carrillo

Rubén Hernández Cabrera

Everardo Vargas Jiménez

SECRETARIO EJECUTIVO

Jesús Pablo Barajas Solórzano

DIRECTOR GENERAL

Luis Rafael Montes de Oca Valadez

DIRECTOR DE CAPACITACIÓN ELECTORAL Y EDUCACIÓN CÍVICA

Luis Gabriel Mota

DIRECTOR DE LA UNIDAD EDITORIAL

Moisés Pérez Vega

COMITÉ EDITORIAL

Adrián Acosta Silva

Alfonso Hernández Valdez

Diego Petersen Farah

Jade Ramírez Cuevas

Avelino Sordo Vilchis

Sara
El valor de la pluralidad



Tessie Solinis

Ilustrado por Oliver Flores



Sara, desde pequeña, ha sido muy terca. Siempre le han gustado las cosas a su modo. No tenía ni tres años cuando ya decidía qué ropa ponerse, a los cinco años ya contaba con un selecto grupo de amigas y había decidido que su comida favorita sería para siempre la pizza y el espagueti. Le costaba entender a la gente que no pensaba igual que ella, era berrinchuda y caprichosa.



Sara era así en todo, tenía decisiones firmes, si ella le había pedido a sus papás que la llevaran de paseo al zoológico debían ir aunque ese día amaneciera lloviendo. Sus padres hacían mal: siempre la complacían en todo y para evitarse peleas con ella, no le decían nada. Sara no entendía razones, era terca y obstinada... y muy maleducada. A los 11 años, Sara era una chiquilla insoportable.

Aunque ser así no siempre es malo: por ejemplo, era capaz de sacar las mejores calificaciones, o ser de la escolta, aprenderse un poema de ocho estrofas o ganar en atletismo. Era decidida: lo que se proponía, lo lograba.

Sin embargo, su forma de ser la dejaba sola. Sus cada vez menos amigas no querían pasar el tiempo con alguien que discutía por todo y que nunca quería hacer lo que los demás proponían. Era incapaz de escuchar a los otros, antes de hacerlo Sara les decía cosas como “pues no es así”, “no me parece”, “estás mal”.

No importaba lo lista que fuera, lo atlética, o lo simpática que pudiera ser, francamente, era una niña muy complicada.



Sus papás se dieron cuenta de esto y tomaron una decisión: habría que mandar a Sara a otro sitio, a que aprendiera a escuchar a los demás y a convivir con ellos, mientras más distinto pensarán, mejor.

Consideraron que sería buena idea mandarla a un campamento de verano de “voluntaria” a un centro de desarrollo de personas con discapacidad.

Le contaron la idea a Sara y ella lloró dos días completos. Ya había planeado cada uno de sus días de verano para hacer otras actividades, no para irse a trabajar y mucho menos a convivir con gente desconocida. Sara no tenía opción. Estaba enojada y no entendía por qué la castigaban de ese modo. Sabía que no lo pasaría bien, pero que finalmente, los días pasarían rápido.



De mala gana empacó sus cosas y aceptó el reto.



Durante el camino Sara fue reflexionando, —Bueno, de algo me servirá—, dijo mientras observaba el bosque verde en donde se encontraba ese campamento especial.

Al llegar se sentía fuera de lugar. No conocía a nadie, no pertenecía ahí... ella era una niña “normal” de ciudad y ahora estaba en un sitio en donde había niños y niñas en sillas de ruedas, con discapacidad visual y otros voluntarios.



Sara pensaba que en ese sitio no tendría amigos. No haría falta. Para pasar el trago amargo de estar ahí lo único que realizaría sería lo que le pidieran y ya. Uno de los maestros encargados del campamento se acercó a ella y le presentó a Matilde, una niña de la misma edad de Sara. Matilde, una niña sonriente y divertida, llevaba un bastón, —Hola, qué bien te ves... se nota que te encanta estar aquí—, dijo Matilde soltando una carcajada ante el asombro de Sara, que no entendía cómo una niña ciega podía darse cuenta de ello.

Matilde y Sara serían equipo las siguientes dos semanas. Sara pensó que se dedicaría a vestir y bañar a una niña de su edad. Pero no, estaban para aprender una de la otra. En primer lugar Sara aprendió que la gente que no ve no se hace llamar ciega, sino *persona con discapacidad visual*, y que Matilde era tan capaz como ella porque eran parecidas. Las dos eran tercas, obstinadas. Solo que la terquedad de Sara estaba concentrada en demostrarle a los demás que ella era mejor, mientras Matilde concentraba sus energías en aprender a ser independiente.

Todos convivían y hacían juegos y recorridos por el bosque. Se ayudaban entre sí y se divertían.

Sara estaba sorprendida al convivir con Matilde, ella no solo se bañaba y vestía sola, sino que además tendía su cama, planchaba su ropa y siempre lo hacía con la mejor actitud. Era paciente y amorosa con los demás.

En el campamento convivían niños muy distintos: niños *normales*, niños con discapacidades diferentes como no poder caminar, hipoacúsicos, débiles visuales y con discapacidad visual.



Sara se había dado cuenta del papel tan importante que tienen todos en un grupo, cómo la suma de esfuerzos hace que todo salga mejor. Sí, se necesitaban líderes, guías, y esos serían los que, conociendo las capacidades de los demás miembros del grupo, podían ayudar a sacar lo mejor de cada quién.

Un mundo donde todos son distintos, en donde cada miembro de la familia, del grupo escolar o de amigos es diferente, es lo que enriquece y le da colores a la vida.



Sara nunca había sido tan feliz. Por vez primera no era la que dirigía, la que intolerantemente decía que estaba en lo correcto y los demás no. Se daba la oportunidad de escuchar, ayudar y valorar a los demás. Aprendió muchas cosas que no sabía y que una persona con discapacidad le había enseñado.

Matilde no solo se había convertido en su mejor amiga, sino en su maestra.

Sara había estado pensando en la triste despedida del último día. Abrazó fuerte a Matilde y le dijo: —Gracias Matilde, por enseñarme a ver—. De los ojos apagados de Matilde brotó una lágrima y juraron siempre ser amigas. 🌱



Sara El valor de la pluralidad

*se terminó de imprimir en octubre de 2012
por Enlace y Gestión Bibliotecaria S.A. de C.V.,
Libertad 1780-8, Col. Americana, CP 44160*

*La edición estuvo al cuidado de
Carlos López de Alba y los autores.
Diagramación y diseño de la colección:
Laura Elena Méndez Montejano*

Tiraje: 1,000 ejemplares.

Tessie Solinís



Lo que más me gusta en la vida son las historias. Me gusta escucharlas y también escribirlas. También me gustan las preguntas, aunque no encuentre las respuestas. Los libros que hago tratan de cosas cotidianas, de los niños, de lo que sienten y de lo que piensan, tal vez porque de niña siempre me preguntaba mucho. Hace tiempo que descubrí que podía ser muy feliz si escribía para los niños y decidí dedicarme a eso. Ahora puedo contarle esos cuentos a muchos niños y a los míos. Pasé de ser una niña que se pregunta a una adulta que le pregunta a los pequeños; porque ellos siempre tienen respuestas maravillosas.

Oliver Flores



Desde muy pequeño descubrí el fascinante mundo del dibujo; esa capacidad de crear algo donde aparentemente no hay nada fue lo que me atrapó y desde entonces no he parado de hacerlo. Dibujo porque es la mejor forma en que puedo expresarme y porque me ayuda a mantener un equilibrio espiritual. Dibujo porque en Guadalajara, la ciudad donde vivo, hay una gran tradición de dibujantes. El dibujo me ayudó a conquistar a mi esposa y ahora dibujo con mis hijos porque es divertido y con ellos sigo aprendiendo a dibujar mejor. Dibujo para mis clientes, ellos me pagan por hacerlo y así yo pago las cuentas. Dibujando cumpla el propósito de mi vida y eso me llena de satisfacción.



